

ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO VII

«BARCELONA 6 DE AGOSTO DE 1888»

Núm. 345

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



AGAR É ISMAEL, grupo escultórico de M. Klein



SUMARIO

TEXTO. - *Nuestros grabados.* - *Exposición universal de Barcelona*, por don J. Yxart. - *En el palacio de la Industria*, por don M. A. - *El diputado Pyat y el presidente Floquet*, por don Emilio Castelar. - *El uno y los ceros*, por don Ramiro Blanco. - *Experimentos de electro-estática con lámparas de incandescencia.*

GRABADOS. - *Agar é Ismael*, grupo escultórico de M. Klein. - *El Moisés de Miguel Angel*, dibujo á la pluma de A. Fabrés. - *La tempestad*, cuadro de E. Vaix (Salón de 1888). - *Volviendo de la primera comunión*, cuadro de Alfredo Guillón (Salón de 1888). - *El primer castigo*, cuadro de R. Ferruzzi. - *Playa en las costas de Cataluña*, cuadro de F. Alarcón. - *Experimentos de electro-estática con lámparas de incandescencia.* - *Suplemento Artístico: Para la fiesta de María*, cuadro de Eduardo Grutzner.

NUESTROS GRABADOS

AGAR É ISMAEL, grupo escultórico de M. Klein

La reputación de este artista que actualmente es uno de los primeros escultores alemanes, data del año 1878; pero se estableció tan sólidamente, que al construirse el gran monumento que en Berlín recuerda los últimos tiempos del imperio, confiése á Klein la ejecución de las estatuas de los generales Werder y Manteuffel. Dominando perfectamente el dibujo y dotado de exquisito sentimiento, con igual éxito representa las más ardientes pasiones que los más dulces afectos.

A un artista de tal valía no podían ocultarse ni las buenas condiciones ni las dificultades que ofrecía el asunto de Agar é Ismael abandonados en el desierto por Abraham, grupo ejecutado ya por otros escultores de valía. Klein lo ha presentado á su vez, y sin apartarse de la tradición ha hecho algo original y sublime. Esa mujer, cuyo único delito para ser tratada tan cruelmente es haber excitado los celos de Sara, siendo así que ésta la dió espontáneamente á su marido; esa madre desdichada que ha visto criar á su hijo en el regalo y abundancia de la casa paterna, desde donde se confina á madre é hijo en el desierto, para que el hambre, la sed y la fatiga acaben prontamente con ellos; Agar, decimos, no se desespera, sino que medita; le han dicho que de esta suerte se cumplía la voluntad de Dios y sabe que Dios no falta á sus escogidos. Hay en esa figura una delicadeza de sentimiento admirable. Ismael, por su parte tampoco es el niño medroso que pone el grito en el cielo al considerar su desamparo: la expresión de su semblante, sin dejar de ser infantil, permite adivinar en ese niño al fundador de la poderosa raza ismaelita que, viniendo el tiempo, había de ser la más fuerte y propagada del mundo conocido.

El estilo de Klein, sin ser imitado servilmente de los clásicos, los recuerda por la elegancia y pureza de sus líneas.

EL MOISÉS DE MIGUEL ANGEL

dibujo á la pluma, de A. Fabrés

(Copia del original existente en esta Diputación Provincial)

Nuestros habituales lectores saben que Fabrés se dedicó con fruto á la escultura antes de trocar el escoplo por los pinceles. Pero escultor ó pintor, su admiración por las obras inmortales ha sido siempre una misma, y nada tiene de particular que ante la poderosa creación del Moisés de Miguel Angel, sin duda la obra de mayor aliento de la escultura en la Edad media, se sintiera nuestro paisano impresionado y hasta podríamos decir amedrentado. ¿Influyó la vista de esa obra colosal en la resolución de Fabrés cuando imprimió nuevos derroteros al genio de que se sentía animado?... Quien sabe... Quizás él mismo no acierta á explicarse lo que sintió en presencia de esa estatua que anonada á los más fuertes.

Lo cierto es que Fabrés tomó una pluma y copió la estatua. Cuando se copia á un gran maestro, parece que el pulso tiembla; al par que aquello que la pluma traza, no lo borra la goma. Dibujar con pluma supone estar seguro de no tener que corregir lo dibujado. La mano de Fabrés no tembló poco ni mucho al copiar el Moisés del gran Buonarrotti; cualquiera diría que así debía haber trazado su último esbozo aquel maestro, en cuya estatua parecían irradiar todavía los fuegos celestes del Sinaí.

Infinitos artistas han dibujado esta estatua; ninguno quizás viniendo mayores dificultades y obteniendo un resultado más digno de aplauso. La reputación de Fabrés como dibujante se halla perfectamente establecida; pero si se le exigiera una prueba definitiva de la seguridad, de la precisión y del calor con que dibuja, el examen del trabajo suyo que hoy publicamos haría ociosa toda otra demostración.

LA TEMPESTAD, cuadro de E. Vaix

(Salón de 1888)

El espectáculo del mar embravecido y la lucha de los hombres contra el terrible elemento, será para todo artista asunto constante en que se inspirará voluntariamente. La naturaleza, simpática en calma, es sublime cuando parece trastornar sus leyes, y el marinero, que es siempre tipo acabado de valor, raya en el heroísmo legendario cuando disputa su vida al monstruo ávido de ella que ruga á sus pies.

El cuadro que reproducimos, sin exageraciones rebuscadas, produce un efecto completo. La frágil embarcación se halla rudamente combatida: la ilusión es acabada; parecemos oír los quejidos de las tablas al romperse, los bramidos de las olas que celebran su próximo triunfo, y los gritos de los marinos, titanes que luchan con otro titán. Es una composición en que la verdad se impone con todo el terror que causa una tempestad desencadenada.

VOLVIENDO DE LA PRIMERA COMUNION

cuadro de Alfredo Guillón

(Salón de 1888)

La primera condición de un cuadro es que exista un sentimiento y que este sentimiento se halle en relación con el asunto en aquél representado. Esa condición tiene en sumo grado el lienzo cuya copia publicamos. Su argumento no puede ser más sencillo; los recursos empleados no pueden ser menos pretenciosos; y sin embargo, la ilusión es completa, el sentimiento que excita es tan puro como la escena que representa. El grupo de esas tres mujeres, en tres épocas distintas de la vida, da exacta idea de esa felicidad tranquila, inseparable del que tiene puesta su confianza en Dios. ¡Cuán apacible, en mucho de su natural variedad, es el semblante de los tres personajes! En su piadoso recogimiento parece que aun permanezcan en el interior del templo, donde esa niña acaba de recibir al Señor por vez primera... A través del rostro de la anciana se adivina un mundo de recuerdos tristes, y es que ha sobrevivido á sus hijos, cuya imagen se ofrece á sus ojos en este instante solemne. La mujer de mediana edad es sin duda la madre de esa niña, pobre viuda que piensa en la felicidad perdida y á quien el deber ha hecho superior á la pena... La niña es simplemente un ángel; su madre y su abuela han hecho

imposibles para separar las espigas que habían de ensangrentar sus pies y sembrar en el camino de su vida las pocas y silvestres flores que han estado al alcance de su mano. Llegó, por fin, el gran día. La huérfana ha hecho su primera comunión; la Iglesia se ha adornado con sus mejores galas para recibir á las humildes hijas de las cabañas, á quienes Dios iba á engrandecer dándolas su propio cuerpo... ¡Bendita la Religión que proporciona tales delicias á los desheredados del mundo!...

EL PRIMER CASTIGO, cuadro de R. Ferruzzi

Ese muchacho ha cometido una travesura digna de reprimenda, es indudable; su semblante, su actitud, su misma aqueiescencia al castigo lo están revelando. Su abuela le ha aplicado el debido correctivo, pero su limitada inteligencia le ha aconsejado una malísima forma: el culpable ha de rezar una parte de rosario; de manera que al pobre niño se le imbuye la malaventurada idea de que la oración es una especie de penitencia.

Dejando aparte tales honduras, es indudable que el cuadro de Ferruzzi se recomienda por lo concienzudo del estudio y de la facilidad en la ejecución. Su autor era poco menos que desconocido hasta ahora, pero este lienzo expuesto en uno de los últimos certámenes italianos, ha llamado la atención del público y de los críticos, que han vaticinado al artista un porvenir glorioso si continúa estudiando, observando y copiando el natural con el acierto de que ha dado tan evidente muestra.

PLAYA EN LAS COSTAS DE CATALUÑA
cuadro de F. Alarcón

Las pinturas vulgarmente llamadas *marinas* son difíciles de reproducir por medio del grabado. Las principales condiciones que las avaloran son el color, la luz, el ambiente, la arena abrasada por el sol, el sol iluminando el firmamento, el firmamento perdiéndose en la inmensidad.

A pesar de estas dificultades de reproducción, el grabado que publicamos deja comprender que el artista ha escogido bien el sitio y la hora y que los grupos de figuras han sido acertadamente copiados del natural, conservando un sabor de verdad que hace sumamente recomendable este lienzo.

SUPLEMENTO ARTISTICO

PARA LA FIESTA DE MARÍA
cuadro de Eduardo Grutzner

(Exposición internacional del Jubileo, de Munich)

Si la pintura religiosa ha de tender á la mística inspiración de la escuela de Fra Angélico, el cuadro de Grutzner adolece de realismo. Pero si cabe expresar el contento inocente por medio de figuras de carne y hueso, si las delicias de una festividad del culto católico pueden reproducirse por medio de un grupo de religiosas que, sin tener nada de mundanales, respiran, viven y trabajan como los simples mortales, es indudable que el autor de este cuadro es un verdadero pintor del género religioso. Entre el sentimiento del amor á Dios, y el ascetismo de los anacoretas, residen éstos en el claustro ó en el desierto, hay una distancia de muchos siglos. Las religiosas que preparan la fiesta de María, son personajes de la vida real que se congregan con un objeto tan grato como festejar á la siempre virgen. Por esto las faenas vulgares á que se entregan, parecen envueltas en la nube del incienso quemado ante los altares.

EXPOSICION UNIVERSAL DE BARCELONA

SALÓN DE BELLAS ARTES

IV

No es muy notable, ni por el número de las obras ni por su calidad, la sección de escultura, particularmente si se la compara á la de pinturas que examinamos en anteriores artículos.

En aquélla como en ésta se hallan en mayoría los catalanes con ejemplares conocidos, no sólo porque catalanes suelen ser muchos de los escultores españoles, sino porque siendo más difícil la traslación de una estatua que la de un cuadro, claro que habían de figurar en mayor número las obras salidas de talleres más próximos á la Exposición.

Recorriendo las frías salas de escultura, que pueden visitarse en breve rato, nos parece hallarnos en una de nuestras exposiciones ordinarias. Bustos conocidos, retratos de personas, cuyo rostro nos es familiar, resaltan sobre el fondo rojo de las paredes; santos, niños y manolas alternan con ellos; bocetos de estatuas que adornan el mismo Parque, ocupan los ángulos, y apenas si en las figuras de mayor tamaño del natural, que campean en el centro, hallamos alguna que nos sorprenda, ó por la idea representada ó por su ejecución vigorosa. Fuera de los expositores españoles, sólo algún nombre italiano leemos esculpido al pie de la obra, y por cierto que Italia, madre del arte, se halla representada aquí por estatuas que contradicen el clásico concepto que tradicionalmente se conserva de aquella nación, y sugieren, por el contrario, la idea de un arte mercantilizado que modela á destajo las obras, ajustándose á un dechado convencional, cuyo carácter más saliente es la afeminada blandura.

Dos salas contienen todas las esculturas presentadas.

En la primera, figura con el lema de *Obra de misericordia*, el grupo de una monja de la caridad vistiendo á un niño, de Claramunt Martínez; varios bustos y figurillas de niños de Gilbert y Gallí, de Milán; otra figura del primero, titulada *Desolazione*, que dista mucho de corresponder por su mérito y sus dimensiones al propósito de su autor; un grupo colosal de Amutto, que se halla en el propio caso; un *Juramento de Anibal*, de Povería, y un *león y un indio*, de Vallmitjana Abarca, en que el vigor de la concepción y la grandiosidad de sus líneas ocultan con la favorable impresión de conjunto algunos defectos en la ejecución. No hablamos, por tanto conocidos y juzgados, de los bocetos en yeso para las estatuas de D. Félix de Azara y D. Jaime Salvador, por Alentorn, que flanquean hoy la portada del Museo Martorell.

Entre las obras menores hallamos una figurita de niña de acertada actitud, aunque vulgar, de Roig, emparejada con otro grupo del mismo, muy inferior á la primera; otra de Querol, y un bajo-relieve de Susillo. En realidad, de-

biera mentar aparte ambas obras. La estatuilla de Querol es, en mi concepto, la verdaderamente notable de esta sala; basta verla para atribuirla desde luego á un escultor excelente, por la gracia de su postura, la elegancia de sus líneas, la expresión del rostro y el desenfadado y acierto de su expresión: obra que no por su tamaño ó su trivialidad deja de ser una joya artística, digna de ser reproducida en bronce, como tantas otras del mismo género que figuran en los salones y colecciones de los aficionados.

Las mismas condiciones de elegancia y espontaneidad hay en el bajo-relieve del reputado escultor andaluz, particularmente en todo el fragmento de la izquierda, donde figura un alegre grupo de bacantes de graciosos contornos.

En la sala segunda destacan en lugar preeminente, entre las obras conocidas, *La Tradición*, del ya citado Querol. Una anciana, teniendo agrupados en sus rodillas á dos niños desnudos, tiende los descarnados brazos en actitud de contarles una conseja que el emblemático cuervo le dicta sin duda, posado sobre el hombro con las alas tendidas. Envío de Roma durante la pensión del insignie artista, si no recuerdo mal, hay en la principal figura una como inconsciente reminiscencia del tipo consabido de la ancianidad simbolizando la tradición; pero las dos figuras de los niños, por la gracia singular de sus líneas y la belleza candorosa de su actitud, preludian una de las más envidiables cualidades del artista, cuya biografía interesante iba inserta en estas mismas columnas pocas semanas há.

No lejos de ésta se halla una figura de género, no menos conocida y admirada, de Benliure: *¡Accidente!* El expresivo monaguillo, palpante de verdad y de vida, que se retuerce grotescamente con el dolor de una quemadura y acude á apretarse entre los dientes los dedos lastimados, después de soltar más que de prisa el incensario donde arden las ascuas. Reproducida en bronce y por medio del grabado muchas veces, la estatuilla es uno de los modelos del género en la escultura contemporánea que, como la antigua, guarda también un lugar señalado para la caricatura intencionada y la gracia festiva ó picaresca. Bien es verdad que en barro ó mármol, como en literatura, se requiere peculiarísima aptitud para no incurrir en lo extravagante ó en lo vulgar: testigos algunos barros de la misma sección, que la extremada indulgencia nos fuerza á ver á menudo en nuestras exposiciones.

Se hallan también en esta sala *La belleza dominando la fuerza*, por Vallmitjana; el retrato de cuerpo entero del obispo Armañá, por Fuxá, notable por la expresión y el carácter de la figura; un busto de Gandarias, digno en todos conceptos del mismo; otro de Reynés, conocido también, en el que campea la distinción y la gracia propias de este autor; un Cristo, de Castellanos, con el título *Vir dolorum*, y otras obrillas en barro, de Susillo, entre las cuales cabe citar por la originalidad del pensamiento, el grupo que lleva por lema *La última gota*.

En el vasto salón de conciertos se han colocado, además, con los grandes vaciados en yeso de las estatuas que adornan el Salón de San Juan, algunos otros de grandes dimensiones. Entre los no conocidos está la hermosa estatua ecuestre de Berenguer III, por Llimona, que resalta junto á uno de los muros del salón, como obra de grande aliento, modelada con singular energía: el caballo, particularmente, en sus proporciones como en su postura, en la corrección de sus líneas como en la vida y fogsidad que el autor ha sabido comunicarle, nos parece uno de los fragmentos más acabados del artista.

J. YXART

1.º de agosto.

EN EL PALACIO DE LA INDUSTRIA

(Artículo cuarto)

GALERÍAS III Á VI. - (Continuación)

Francia

Tiene la ciudad de París pintado en su escudo heráldico un buque combatido por la tempestad, al pie del cual se lee el siguiente emblema: *Fluctuat nec mergitur*. Otro tanto podría decirse ó aplicarse á la nación francesa, cuya accidentada historia moderna hubiera bastado y sobrado para aniquilar á cualquier otro pueblo que no fuese el pueblo francés. Si se considera solamente que de un siglo á esta parte ha cambiado radicalmente ocho veces su forma de gobierno, y que durante el mismo espacio de tiempo ha empeñado formidables guerras en tres partes distintas del mundo, no se comprende esa existencia robusta con que Francia vive á nuestro lado sino concediendo que sus hijos se hallan dotados de genio y virtudes excepcionales. Rota, deshecha, humillada por los alemanes, los ejércitos aliados penetrando por segunda vez en París, el rey de Prusia coronado emperador en el palacio de Versalles, es puesta en el duro trance de una ocupación extranjera indefinida, ó del pago de una indemnización de guerra, representada por una cantidad como la historia no consigna otra igual. En tan crítico estado, todo el mundo creyó ó en la muerte del coloso rendido, ó cuando menos en una debilidad tal de su organismo, que viniese arrastrando durante siglos la vida congojosa y triste del anémico.

Sin embargo, no fué así, y cuando Francia, cuyo patriotismo excitó la voz autorizada del anciano Thiers, remitió á Berlín los CINCO MIL MILLONES DE FRANCO con que se libertó de la presencia de un enemigo enojoso, el canciller

de hierro hubo de comprender su error: había pedido poco dinero y por contra había exigido demasiado territorio. A los diez años de esa hecatombe, el pueblo francés se sentía suficientemente fuerte para contener, cuando menos, la fogosidad de su adversario, y cual si deseara dar al mundo el espectáculo de su vitalidad, no satisfecha con la Exposición Universal que celebró en París durante el año 1878, vuelve á darle nueva cita para el año 1889. Cualquiera que sea el éxito de ese acontecimiento, quedará demostrado que Francia ha invitado al mundo á que se entere de su estado de progreso; lo cual no hace seguramente la nación que tiene motivos para ocultar su presumida decadencia. ¿No es bastante esta confianza con que se entrega al análisis de cuantos van pregonando su quebranto? Pues hela ahí que, apenas se anuncia la Exposición barcelonesa, se apresura á solicitar y obtiene en ella mayor extensión de terreno, doble cuando menos del ocupado por la nación que con más empeño haya secundado el esfuerzo hecho por nuestra querida patria. Cuatro galerías del Palacio de la Industria llenan por completo los productos franceses, cual si el adalid que se propone luchar mañana en el palenque que él mismo ha construido, estuviera tan seguro de sus fuerzas que no tuviese inconveniente en gastarlas incidentalmente la víspera del supremo combate.

El secreto de la fuerza de la nación francesa consiste en que, á despecho de tantas contrariedades, provocadas en parte por el carácter voluble de sus hijos, continúa siendo la cabeza de la raza latina, y ésta no ha perdido aún, ni con mucho, la importancia histórica de la antigua civilizadora de Europa. Tampoco puede desconocerse que Francia es rica por su suelo, que ocupa una muy ventajosa posición geográfica, que el patriotismo es la virtud dominante de los franceses y que la inestabilidad que ha caracterizado sus formas de gobierno no ha trascendido por fortuna á su organismo administrativo.

De sus manos puede haberse escapado el timón que trazaba el rumbo de la diplomacia europea; en el terreno de la guerra puede haber sido la víctima de errores propios y de la fuerza ajena, pero lo que no ha sido posible arrebatársele es el cetro del buen gusto, el predominio del genio de sus artistas, la inventiva inagotable que ha hecho de París la corte de la reina más poderosa del mundo, la corte de la MODA. Como Roma y Florencia serán eternamente las representantes del arte clásico de la antigüedad y de la Edad Media, de cuyas obras son á un tiempo rico museo y ostentoso sepulcro, así París es la ciudad de la nueva forma, el centro de la elegancia, el arsenal del gusto refinado, el gran bazar de las artes suntuarias, el despota que manda en el capricho de las mujeres y en el bolsillo de los maridos. ¿Se quiere más?... Francia ha impuesto al mundo su idioma, su cocina y sus vinos, no porque su cocina valga más que la italiana, ni su idioma y sus vinos más que los españoles; sino porque es de buen tono que á la lista de los platos de un banquete selecto se le llame *Menú*, y porque no hay suerte de que á los comensales se les resigne á beber vino aguado sino poniendo en las botellas una etiqueta que diga *Bordeaux*. Aun en el mundo artístico no es gran maestro quien no ha obtenido premio en el *Salón* ó no ha conseguido que una *partitura* suya se cantase en la *Grande Opera* ó en la *Opera Cómica* cuando menos. Meyerbeer, de origen alemán, debió su no igualada reputación á los éxitos obtenidos en esos teatros, y Wagner no es tenido por muchos sino como un excéntrico musical, porque el público de París no ha puesto el *Visto Bueno* en sus particiones.



EL MOISÉS DE MIGUEL ÁNGEL, dibujo á la pluma de A. Fabrés

Pues bien, esa supremacía no se la llevarán los alemanes como se llevaron una parte del territorio francés, porque constituye la idiosincrasia de un pueblo que, en medio de sus desastres, todavía impone al mundo la ley de sus dibujantes, la librea de sus *modistas* y el peinado de sus peluqueros. Lo que esto vale en el orden económico y en el progreso industrial de un pueblo, podrá observarlo quien visite sus centros productores ó estudie meramente con alguna detención la Exposición barcelonesa.

Al penetrar en la tercera galería que es donde empiezan las instalaciones francesas, el espectáculo cambia sensiblemente. Ya no se trata de las muestras de los productos del suelo americano, ó de las típicas y reducidas industrias del Asia: el visitante, por el contrario, siente su ánimo esparcirse, su inteligencia ensancharse, excitar su curiosidad, crecer su asombro. Sin detenerse á examinar la calidad, la parte intrínseca de los productos expuestos, se siente atraído por ellos, como quien se encuentra en una atmósfera que recrea inopinadamente sus sentidos. Es el buen gusto de que hablábamos antes y que se impone por sí mismo; es que la fibra natural que establece la corriente de simpatía entre el hombre y lo bello, vibra espontáneamente al apreciar tantos objetos como recrean la vista en esas galerías. La inmensa mayoría de los productos de la industria, por no decir todos, tienen cierta analogía con las mujeres: la hermosura es la que llama primeramente la atención; sin perjuicio de que el que se proponga adquirir aquéllos ó hacer de una de éstas la compañera de su vida, investigue después la existencia ó carestía de aquellas otras condiciones, sin las cuales la belleza de la forma es una simple y peligrosa seducción.

muebles, un elegantísimo espejo de tres cuerpos, Roux y Bonnet, Grimart, Zwiener, y Chevri, casi todos de París.

En muchas de las etiquetas de fábrica se ha consignado el precio de los muebles á que aquéllas corresponden, sistema que á nuestro modo de ver, debiera haberse aplicado á todos los artículos que figuran en la Exposición. Con efecto, un certamen universal ha de producir forzosamente una competencia de pueblo á pueblo y aun de industrial á industrial. El mérito absoluto de un objeto lo hace más ó menos apreciable en el terreno de la industria; pero en el terreno del comercio aquel mérito está relacionado íntimamente con el precio del artículo. Y como las Exposiciones universales obedecen, dígame lo que se quiera, á un pensamiento mercantil, el resultado es deficiente cuando no pueden compararse á un mismo tiempo los productos similares y sus precios. Se dirá que para dar toda suerte de noticias se hallan á mano los dependientes de las casas expositoras y las delegaciones oficiales de cada nación. Sin embargo, este medio no suple al más sencillo de marcar los precios en los objetos, lo cual, después de todo, aumentaría sin duda alguna el número de las ventas.

De los precios señalados á muchos muebles de la instalación francesa no podemos deducir si ésta los fabrica más ó menos económicamente que otra: lo único que de ellos resulta es que el mobiliario de una casa puesta con cierta elegancia ha de costar un sentido. Y siendo bastantes en número los expositores de ricos muebles y de artículos suntuarios de Francia, hemos de presumir que en ese país se da grande importancia al *confort* doméstico; lo cual ha de contribuir grandemente al progreso de las in-

Repuesto el visitante de esta impresión, por fortuna no engañosa en nuestro caso, lo primero que se ocurre es que Francia, entre todas las naciones extranjeras, es la única que ha dado importancia á nuestro certamen y acudido á él dándose importancia á sí misma. Esto más hemos de agradecer á nuestros vecinos, cuando tantos otros pueblos se han hecho sordos á nuestro llamamiento ó se han figurado que España, industrialmente considerada, había salido hace poco tiempo de la Edad de Piedra.

Una de las industrias francesas que más han llamado la atención de nuestro público y ciertamente con fundado motivo, es la de mobiliario doméstico. Muchos y muy valiosos ejemplares de ella se han exhibido en el certamen, que á buen seguro causarían aun mayor efecto á estar instalados con más desahogo, pues únicamente la casa Dumont y Compañía de París ha presentado un riquísimo mueblaje de salón y dormitorio en condiciones de producir la impresión debida. Los ebanistas franceses han hecho de su industria un verdadero arte bello, pues no solamente son artísticos los dibujos de sus productos, sino que entra por mucho en ellos el concurso de la pintura y de la escultura. Esto es debido principalmente á que después de haber inventado muchas, nuevas y caprichosas formas para toda clase de muebles, se ha venido á parar en que ninguna de las de construcción moderna ha conseguido aventajar á las de estilo Luis XV, en cuya confección tan interesante parte tomaron los artistas de aquella época. Al género, pues, Luis XV pertenecen la mayoría de los muebles instalados en la sección francesa, en los cuales entra por mucho el dorado, el bordado en sedas de colores, la decoración pictórica y las incrustaciones de bronce, nácar y marfil, formando combinaciones de exquisito gusto. Véanse en prueba de ello, los objetos expuestos por Dienst, Lemoine, que ha presentado, entre otros



LA TEMPESTAD, cuadro de E. Vaix

SALÓN DE 1888

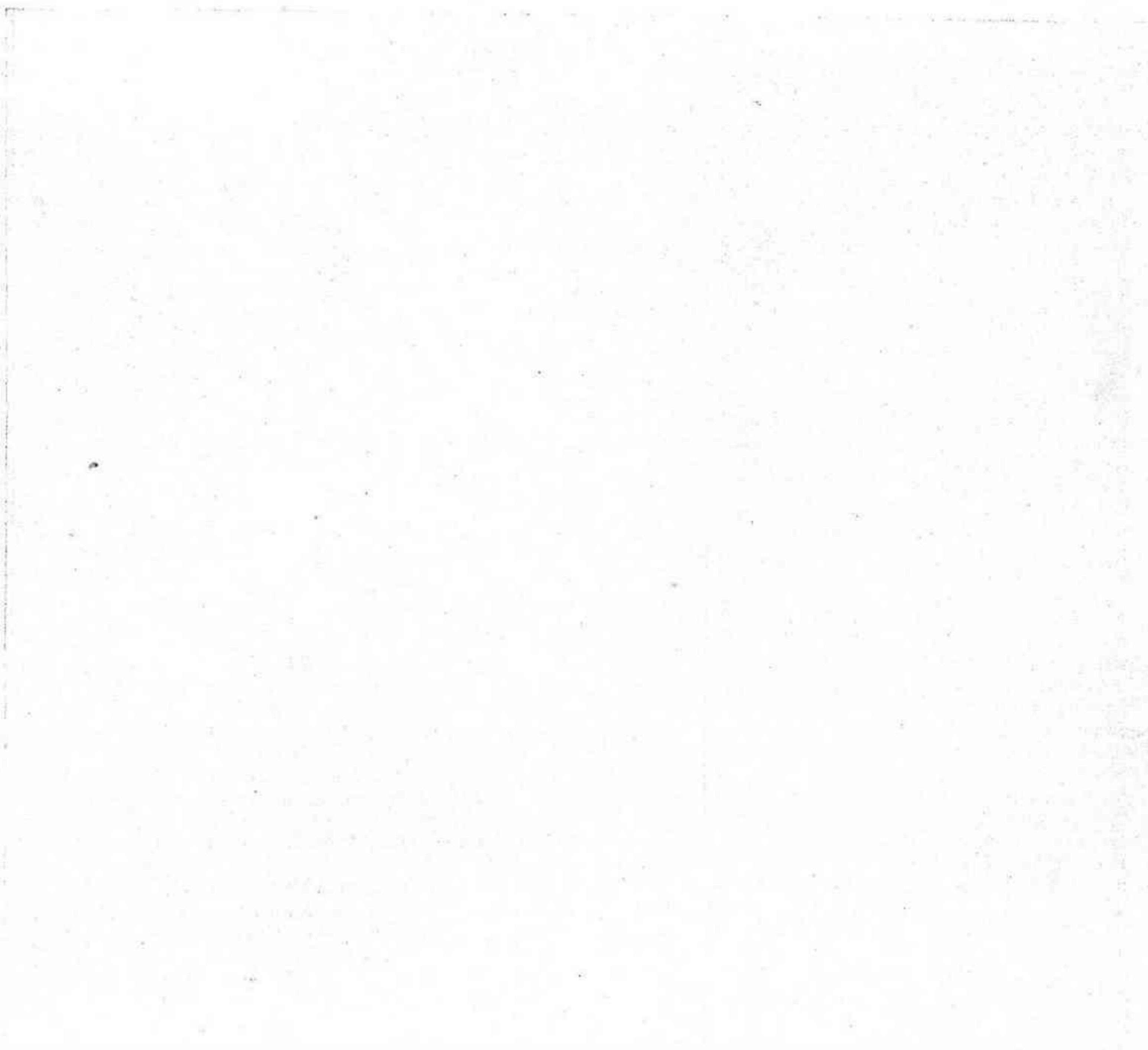


REAL ACADEMIA DE CIENCIAS, LITERARIAS Y ARTÍSTICAS



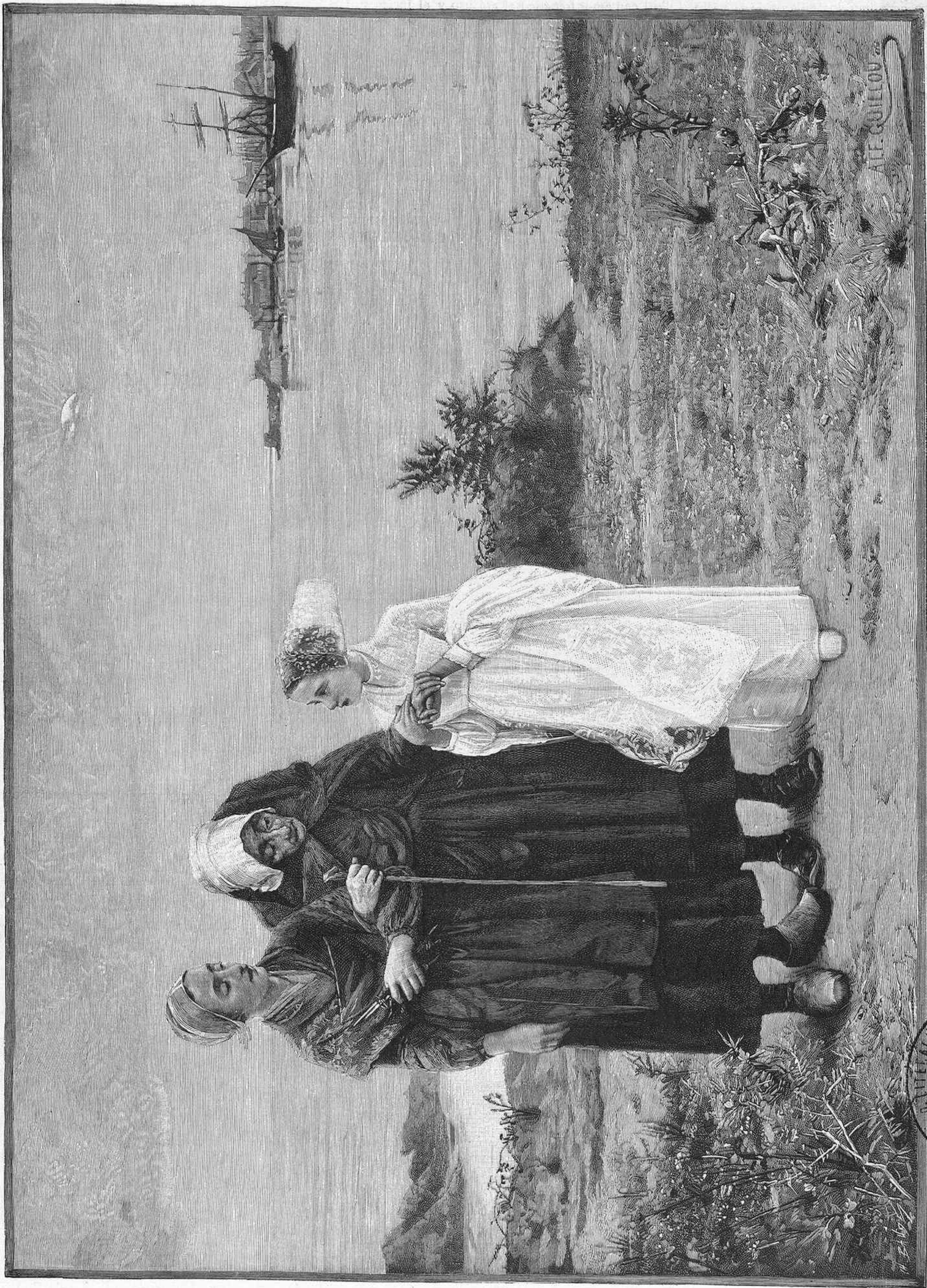
PARA LA FIESTA DE MARIA, CUADRO DE EDUARDO GRUTNER EXPUESTO EN LA EXPOSICIÓN INTERNACIONAL DE JUBILEO DE MUNICH





Faint vertical text or markings running down the center of the page, possibly bleed-through from the reverse side.

SALÓN DE 1888



VOLVIENDO DE LA PRIMERA COMUNION, cuadro de Alfredo Guillón



dustrias relacionadas con este ramo principal de la vida sociable.

Hemos indicado que la vecina República ha expuesto bronces artísticos y en este ramo la producción no ha sido igualada siquiera por otra nación alguna. En gran número son las estatuas y los grupos que llaman la atención del visitante y que acreditan los talleres de Grandin, Julio Honti, Jaime Vidie, Bertrand y otros. Estos bronces van firmados por artistas de primera fuerza y no sin pena se renuncia á su adquisición por aquellos felices mortales que al amor de lo bello unen el dinero necesario para dejarse caer en la tentación. Los que no se encuentran en este caso pueden adquirir á mucho menos precio imitaciones de esos bronces y de toda suerte de esculturas de metal, marfil ó madera, fabricadas con cierta pasta que adquiere gran dureza y facilita extraordinariamente el trabajo. Danielli ha expuesto estatuas y jarros obtenidos por este procedimiento y su efecto es completo, completísimo. Esta nueva industria, de la cual hay asimismo preciosos ejemplares en la sección española, puede contribuir eficazmente á generalizar la posesión de verdaderas joyas del arte.

(Continuará)

EL DIPUTADO PYAT Y EL PRESIDENTE FLOQUET (HISTORIA CONTEMPORÁNEA)

Este Felix Pyat, bien mirado, resulta uno de los personajes más originales de Francia. Dramaturgo, muy dramaturgo, novelista, muy novelista, cree que los problemas políticos deben despertar las emociones despertadas por un argumento escénico, y que se cambia una sociedad como pueda una decoración cambiarse. Do quier topa con una tragedia social, allí entra; theurgo en ideas como los pensadores asiáticos; revolucionario de profesión, aunque no de temperamento. Nacido en las provincias centrales, educado por una entusiasta madre y un padre calculador; desde su infancia recluido en colegios que lo prepararon á la carrera del foro; abogado y juriconsulto de oficio más tarde, si bien siempre poeta y escritor de vocación; ya en la segunda enseñanza mostró sus ideas, ofreciendo en banquete de colegiales brindis caluroso á la Convención, reemplazando en la presidencia de su mesa el busto de Carlos X con el busto de Lafayette, y durante los últimos días de la Restauración francesa pugnó para que las letras revolucionarias compartieran el dominio sobre la juventud con las letras clásicas; y al estallar las jornadas de Junio el año 30 estuvo con los combatientes, é invocó la olvidada República; y en la monarquía de Luis Felipe aguzó todas las armas, desde las científicas hasta las teatrales, contra el monarca; y en la primera constituyente republicana del 48 pronunció calurosos discursos con ardientes declamaciones en pro del trabajador; y en la legislativa subióse á la montaña, protestando contra todas las reacciones, y descendió de la montaña para combatir, aunque rápidamente, allá por las cimas de las postreras frágiles barricadas; y en el transcurso de los veinte años de imperio no descansó ni un día, empleando desde las más reprobables frases regicidas hasta los más soeces dicitos comunistas, y proponiendo loores y apologías así al veneno de los Borgias como á las balas de los Orsinis, con tal que libertaran la tierra del tirano; y en cuanto se proclamó la tercera República hasta el día de la Comunidad revolucionaria, combatió con la misma furia, con análogos insultos á los lanzados antes al César y al cesarismo, así al gobierno de París sitiado como al gobierno de Tours afligido, así al gobierno de Burdeos como al gobierno de Versalles, tañendo á rebato la sonora campana de su estilo, é incendiando al pueblo en cólera con los vistosos cohetes y los ruidosísimos petardos de sus revolucionarias ideas.

Yo no conozco un literato de más viveza en la frase y de menos resplandor en la idea. Las tinieblas que derraman sus utopías, me parecen tinieblas candentes; quemar y no iluminan. Conmueve algunas veces, instruye, penetra hasta el espíritu, despierta el ideal, pensando con elevación, sintiendo con profundidad, expresando lo que siente y lo que piensa con verdadera sencillez. Delicado, el episodio suyo las Hijas de Sejano; animadísimo, el drama Diógenes. Pero las más veces frisa con la decadencia, cargado de interrogaciones, admiraciones, puntos suspensivos, paréntesis largos, imágenes extravagantes, paralelos absurdos, hipérbolos inverosímiles, antítesis rebuscadas, arcaísmos y neologismos arbitrarios, toques de color chillones mezclados con toques de oscuro, donde las sombras toman relieve; tránsitos de lo grotesco á lo sublime, que confunden las espirales de la mirra del Sinaí con los vapores de la taberna, y el mármol de Paros, en que se encarna la Venus de Milo, con los cascabeles de arlequín y de payaso. No le creáis un tribuno popular, un político sabio, un periodista, un orador; creedlo un dramaturgo que atiende á sus frases de subido efecto, á sus escenas de ansiedad, á sus argumentos de interés, á los embrollos de sus nudos, á inesperado y súbito desenlace, como si el mundo fuera un eterno teatro. Así, alma de poeta, carácter de niño, corazón de mujer, mientras las tragedias pasan por su cerebro caldeado, es un héroe y un mártir; pero en cuanto á la realidad toca y se desencadenan á su vista con toda su furia las revoluciones en plazas ó calles, y las piedras se apilan, y los fusiles truenan, y los combatientes caen, y la sangre salta, y la muerte se pasea por campos de terrible carnicería, los nervios se sobreponen á todo en él, ahuyéntanse las ideas del cerebro á los latidos de un corazón atribulado, y corre

á esconderse con el terror y el remordimiento de Caín, hasta el punto de que por huir á su conciencia se huiría el infeliz á sí propio. Nacido con alas como de paloma, que no quieren descansar nunca sobre la tierra, con sentimientos de poeta que se absorbe místico en los espectáculos de la naturaleza y en los espectáculos del espíritu, con amor frenético al aplauso y al incienso, sus sienes laten por las coronas de rosas tejidas en el teatro, y no por las coronas de abrojos tejidas en el combate: ha debido, pues, trocar su toga de tribuno, que pesa como plomo, por su túnica de poeta, que resplandece como luna; tañer la cítara de cantor para la cual han sido sus manos hechas y no para el puñal regicida, pues carece completamente de las fuerzas de Bruto. Así, unos le han llamado revolucionario de gabinete, otros conspirador de vagón, éstos combatiente de frases, y casi todos han maldecido de las violencias de su lenguaje y de las timideces de su vida. Metido en la revolucionaria Comunidad, y comunero impenitente hoy aun, habló mucho y deprimió en el momento de las ilusiones, para correr aún más deprimido en el momento de los peligros. Creed que da grima considerar un pueblo como Francia, tan grande y revelador, á merced y arbitrio por completo de unas elecciones así, donde tales instintos gritan y tales utopías centellean. La elección de Pyat en este período, se parece mucho á la elección de Proudhon el año 48. Entonces nació un terror á cuyos sacudimientos vino el Imperio, y ahora nace otro terror á cuyos sacudimientos puede venir la dictadura. Marsella y París no sabrán nunca el daño que han hecho, y la debilidad que han traído á la República y á la democracia con sus malditas elecciones.

Aunque haya ocupado altos puestos, pocos, muy pocos recuerdan las causas á que ha debido el hoy presidente del Consejo su elevación y engrandecimiento. Republicano de verdadera sinceridad, orador de grandísima fluidez, político de vieja experiencia, nunca llegara en su crecimiento é influjo á donde ahora está, sin la desmedida fortuna granjeada por tantas y tan extraordinarias circunstancias á su nombre y á su historia. Feliz coyuntura le procuró súbita notoriedad. Corría el año 1867, y en su mes de agosto llegaba desde Petersburgo el emperador Alejandro de Rusia. Cuando el Czar volvió de tales excursiones, díjole Gortchakoff, su canciller, con suavísimo respeto, que nunca debió acercarse á tamaño volcán de ideas. Y en efecto; por do quier pudo notar el humo que le asfixiaba y la candente lava que le perseguía. Fué á la Ópera, y una vez llegado á sus inmediaciones, atronador grito de «¡Viva Polonia!» llenó los aires. Aquel grito era como el eco de las palpaciones sentidas por el corazón de Francia, la cual no podía mirar indiferente de ningún modo el martirio de su infeliz hermana, de Polonia, esa Grecia del Norte. Y estas manifestaciones se prolongaron de manera bien alarmante para el gobierno francés. Acudió el Czar al Museo de Cluny. En el momento mismo de llegar, una gran multitud de estudiantes apiñada en su puerta, grito: «¡Viva Polonia!» De allí se dirigió el Czar al Palacio de Justicia. Los abogados, vestidos de sus togas, gritaban: «¡Viva Polonia!» como indicando que en este templo de la ley no podía entrar sin pisar ni las escaleras. Entró en la santa Capilla, y en el mismo santuario de la Edad media, donde parece que debía dormir el espíritu de obediencia y de servidumbre, oyó la voz del siglo décimo nono, rebelándose contra la infame crucifixión de Polonia. Por la noche, cuando á cualquier espectáculo iba, grandes grupos invocaban la resurrección del martirizado pueblo con estruendosas aclamaciones. Y la policía, para evitar este dolor al huésped del imperio, arremetía con los manifestantes, y realizaba enorme número de súbitas detenciones. La prensa contribuyó mucho á tales desahogos, por haber dado la consigna de que todo el mundo gritase: «¡Viva Polonia!» Pues bien, tradición, leyenda, historia, lo cierto es, que todos creen principal vociferador de semejante grito á Floquet, por haberlo lanzado en las puertas mismas del Tribunal que había querido Alejandro visitar y conocer. Dicen que vestía la toga, que llevaba puesto el bonete, que iba presidiendo un grupo de abogados al proferir aquella siniestra palabra de tanta y tan terrible resonancia. Mucho le ha dañado el recuerdo para los progresos y la prosperidad de su posición política en las propensiones que tiene Francia hoy hacia grandes alianzas con Rusia; pero no puede negarse que le sirvió mucho en los comienzos y en los orígenes de su rápida carrera.

Pero no fué, no, esta la causa principal de su notoriedad. Un proceso muy célebre hizo su nombre muy popular, hasta universalizarlo. Tenía el emperador un primo hermano, Pedro Bonaparte, que contrajera desigual matrimonio. Esta circunstancia le sirvió de pretexto para de su lado alejarlo y á distancia de su trono tenerlo durante todo el reinado. La violencia era el rasgo distintivo de aquella naturaleza. Como los volcanes salía de pronto su negra alma en erupción, y lo abrasaba y lo consumía todo bajo las ardientes lavas de sus pasiones sin freno. Cuentan que, á la manera del héroe de la leyenda antigua, mordía el pecho de su nodriza, como si en vez de leche, buscara para nutrirse humana sangre. El amor desordenado de sí le condujo á la cólera; y la cólera le condujo á odiar todo aquello que no fuera él mismo. Por largos años condensaba en su pecho nubes de odio, las cuales concluyeron lloviendo mares de hiel. Los que le habían visto en esos instantes colérico de una cólera por

largo tiempo condensada, lo han pintado, las sienes resonantes á los martillazos de la ira, el corazón henchido de sangre, lívida la color, trémulo el labio, la voz entre aflautada y ronca como los maullidos del tigre, contraídos todos los músculos, apretados los dientes, abiertas las narices como para respirar el hálito que se escapaba de su volcánico pecho, caídas las cejas cual dos negras sombras sobre los ojos fulgurantes con el fosfórico fulgor de los ojos del gato y de la lechuza, parecido á la estatua del gladiador en cólera, y á las figuras de los condenados en los frescos de Orvieto, y al héroe antiguo arrastrando, ceñido á su carro de guerra, el cuerpo de su rival en torno á las murallas de Troya. Un día dos periodistas, Pascual Grousset y Enrique Rochefort, insultaron á su familia, en el natural apasionamiento engendrado entonces por la terrible oposición al Imperio. Pedro Bonaparte, á quien su condición de Príncipe, si quier en desgracia, y de la corte apartadísimo, debía imponer cierta prudencia, faltó por completo á todas las consideraciones que debía tanto á sí mismo como á su primo, y envió un reto de terrible desafío á los escritores, zahiriéndolos é insultándolos. No podían pedir éstos cosa mejor y más conducente á sus fines de oposición rabiosa que la carta ó cartel de reto destinado á promover un fragoroso estruendo. Así es que aprovecharon la coyuntura ofrecida por aquel insensato, para mandarle sus respectivos padrinos y admitirle un duelo á muerte. Rochefort los mandó y los mandó también Grousset; pero este último se adelantó algo al célebre libelista.

Eran los padrinos de Grousset, Ulrico Fontvielle y Víctor Noir. El primero, bajo de estatura, nervioso de temperamento, republicano de arraigadísima convicción, uno de los mil que pelearon junto á Garibaldi en la expedición á Sicilia, soldado en los ejércitos del Norte de América, escritor en la prensa de París, pertenecía á los agitadores y revolucionarios de Francia. El segundo era un joven que comenzaba entonces á escribir y que se atraía la atención por su carácter verdaderamente amable, por su bondad de sentimientos, por su gracia, por su cariño á la familia, á los amigos, por sus inagotables bondades. De veinte años apenas, de robusto temperamento, de fidelidad inquebrantable, llamábanle los suyos con el mote verdaderamente expresivo de perro de Terranova. Y en efecto, como esos perros que buscan á los extraviados en medio de los ventisqueros de los Alpes, y á los naufragos en medio de las olas del Océano, Víctor Noir era todo corazón, todo sentimiento, todo amor, dispuesto siempre al sacrificio y teniendo la abnegación como una necesidad de su alma.

En aquel día, 10 de Enero de 1870, habíase levantado más alegre que nunca, y había departido largamente con su vieja ama de llaves sobre los preparativos de su próximo casamiento. Nada descuidó para presentarse con dignidad en casa de un príncipe. Se puso su mejor traje, se cepilló con más esmero sus botas, encerró sus manos en finos guantes. Todo le sonreía, su juventud, sus recientes triunfos en la prensa, sus amistades con los jóvenes más célebres de París, su próximo enlace con la mujer de su preferencia, con la elegida de su corazón, con la esposa ya de su alma. Reuniéronse los dos padrinos y marcharon á la casa del príncipe. Poco les hicieron aguardar, y pronto los entraron en salón espacioso. La casa parecía un convento. Habitóla en otro tiempo el filósofo Helvecio, y en ella reunió á cuantos se interesaban por el progreso de la ciencia. Tenía mucho de retiro, mucho de claustro.

Ya en el gran salón, Ulrico Fontvielle permaneció casi inmóvil, apoyado en el alféizar de una ventana. Víctor Noir, al contrario, más joven, más alegre, más decididor, menos probado por los azares de la guerra y por los dolores de la vida, se miraba en los espejos para ver si hacía su traje alguna arruga, y descifraba cierta inscripción italiana puesta al pie de un retrato de la familia de los Bonapartes. De pronto, el pestillo de una puerta, que conducía á las habitaciones interiores del príncipe, se descorre y una sombra se dibuja. A pesar de haberse abierto la puerta no entró Pedro Bonaparte, sin duda indeciso todavía entre su deber y su cólera. Por fin, apareció en la sala. Llevaba un traje de casa con anchos pantalones, en cuyos bolsillos tenía medidas ambas manos. Los dos jóvenes se inclinaron profundamente y el Príncipe apenas les respondió. Sin saludos, sin cumplidos de ninguna clase, dirigióse á ellos bruscamente, con grande insolencia y les preguntó con voz á un tiempo aflautada y ronca, si venían de parte de Rochefort. No, — dijeron á una ambos jóvenes, — venimos de parte de Grousset. El príncipe, que aguardaba en aquel momento á su mayor enemigo, al blanco de todos sus odios, el objeto de todas sus cóleras, extrañó mucho la inesperada intervención de aquel nuevo personaje en su drama. Fontvielle le tendió la carta de Grousset, en la cual decía éste al príncipe que, ó retractara sus artículos publicados en *Córcega*, ó le diera satisfacción por las armas. El príncipe se dirigió á una ventana, leyó la carta, estrujóla un poco entre sus manos, la arrojó arrugada á un sillón y se volvió á los padrinos.

— «He provocado, — dijo, — á Rochefort, porque es el porta-estandarte de la crápula. En cuanto á Grousset, no tengo nada que responder. ¿Son ustedes por ventura solidarios de esos pillos?»

— «Somos, — respondió Víctor Noir, — solidarios de nuestros amigos.»

Apenas habían resonado estas palabras, cuando el príncipe Bonaparte, pálido como la muerte, porque toda la sangre se le había agolpado al corazón, ciego

como la ira, con la espuma de la hiel en los labios, ágil como un tigre, da un paso, alza la mano izquierda y la descarga sobre la mejilla de Noir, saca la mano derecha del bolsillo de su pantalón en que llevaba una pistola amartillada, y á quemarropa la dirige sobre el infeliz y confiado joven.

Noir, herido de muerte, dió un salto, se apretó con ambas manos el pecho, derramó de sus ojos, iluminados por súbito resplandor, miradas supremas y reveladoras de su muerte, y salió casi de espaldas por la misma puerta por donde había entrado.

El homicida se lanzó entonces sobre Ulrico de Fontvielle, y le disparó á quemarropa otro tiro. Entonces Ulrico asió fuertemente una pistola que llevaba en su bolsillo, y mientras pugnaba por sacarla de su funda, el príncipe se adelantó en ademán de golpearle, pero viéndole armado, echóse sobre la puerta que conducía á las habitaciones interiores, y apuntó á la cabeza del comovido Ulrico. Este tuvo entonces un momento de lucidez y de previsión. Comprendió que si disparaba le achacarían la agresión, y se lanzó á salir pronto de tan horrosa caverna. El príncipe disparó un segundo tiro, que llegó á traspasar su gabán, sin llegar á tocarle milagrosamente en el cuerpo. Al salir á la calle tropezó con Víctor Noir, que había tenido fuerzas bastantes para bajar la escalera, y que había caído muerto en medio del arroyo. A tal momento, llegan en coche los dos padrinos de Rochefort y bajan; pero Fontvielle, de rodillas en la calle, la una mano sobre el cuerpo de su amigo y la otra señalando á la casa del príncipe les grita: «No entréis; ahí se asesina á los hombres.»

Promoviése por consecuencia de todo esto una célebre causa, y en esta causa Floquet mantuvo los derechos á una indemnización civil de la familia y ganó el pleito. Desde aquel entonces, lo célebre del hecho, lo aparatoso de la escena, la resonancia en todos los periódicos, la emoción universal, diéronle al abogado de la familia tanto renombre, que debía servirle, y le sirvió en efecto, para su carrera política. Sin embargo, habiendo combatido en muchas elecciones generales, jamás obtuvo durante la dominación imperial victoria ninguna, y no pasó de candidato, muchas veces favorecido con copia verdadera de votos. Sus ideas particulares, y las relaciones adquiridas en todas estas fases de su historia, comprometieronle con el partido radical y le prestaron el color subido, que todavía hoy ostentan. Con tales compromisos, no debe maravillarnos ciertamente que se asentara en la extrema izquierda, cuando el parlamento de Burdeos; ni que vacilase con grandes vacilaciones entre Versalles y París, cuando estalló la revolución comunera. Como radical ha votado siempre con la extrema izquierda; y como radical, subido á la presidencia, donde le pusieron también esos monárquicos pesimistas que se usan en Francia, hoy acostumbrados á todos los extremos. En sus programas de hoy, hállase, pues, un artículo de gravedad, tanta, como la revisión del pacto fundamental, y acaso, acaso, la reforma del senado vigente, por lo menos en su origen y en su elección. Dicho esto, bien podéis creer que digo todo lo fundamental de mis juicios, pues yo tengo por la mayor calamidad que puede caer sobre Francia en estas horas angustiosísimas una revisión del pacto constitucional y nuevas alteraciones en la forma y modo de nombrar la cámara senatorial. El tiempo robustece todas sus creaciones. La encina, que recién brotada, puede á cualquier viento doblegarse, resiste los huracanes y los siglos, cuando ya tiene alguna fuerza, que sólo ha podido adquirir con la edad. Esa Constitución de la República estará siempre



EL PRIMER CASTIGO, cuadro de R. Ferruzzi

incierta, y en bien movedizo terreno, mientras no le presten los años aquella patina del tiempo y aquella solidez de complexión, que sólo ellos ofrecen y prestan. Cualquier amago de reformar la Constitución ahora pareceme un crimen tan grande, que frisa casi con la traición, agravada por una increíble torpeza. La revisión constitucional es el error de los errores. Estas diferencias de apreciación política no pueden obstar al profundo aprecio en que tengo la persona de Floquet y al intenso cariño que le debo. Su honradez en la vida pública y privada, su caballerosidad y elevación de sentimientos, el patriotismo que le anima, el culto á las ideas por cuyo triunfo lo sacrificaría todo en el ardor de una fe tan rara como intensa, le dan derecho á la estimación universal é inspiran universal consideración, y merecen á cuantos tenemos la honra de llamarnos sus amigos afectos inextinguibles de profundo y cariñoso respeto.

EMILIO CASTELAR

EL UNO Y LOS CEROS

CUENTO

La Aritmética es, como todos saben, una de las islas que pertenecen al archipiélago llamado de las Matemáticas. Aquel pueblo se compone de números enteros, quebrados y mixtos; así como en España hay hombres de talento, ignorantes y medianías. No es aquella una nación, preciso es confesarlo, de las más civilizadas; el bello ideal de aquellos insulares consiste en extraer al prójimo la raíz cuadrada, y aun la cúbica, procurando siempre multiplicar para sí, y dividir para los demás.

Con lo dicho basta para que el lector no se maraville al saber que el Monarca absoluto y tiránico de aquel dichosísimo país es el último vástago de la muy ilustre, augusta é inmortal dinastía del Tanto por ciento.

La historia política de la Aritmética está llena de interesantes episodios; pero ninguno como el que voy á referir.

Los ceros, individuos de la más ínfima clase, sufrían incesantemente la presión tiránica é inconsiderada de ciertos personajes que figuraban al frente del gobierno, tales como el 145'000 y el 63'804, presidente del Consejo y ministro de Hacienda, respectivamente, cuyos números resultaban premiados siempre en todos los sorteos de la lotería nacional.

A los desventurados ceros se les hacía pagar toda clase de impuestos y contribuciones directas é indirectas; se les obligaba á llevar siempre á cuestras un legajo de documentos justificativos de su insignificante personalidad; á ellos se les hacía sufrir todo el peso de la ley por un quitame allá esas pajas; no podían tomar asiento en las Cámaras populares, ni defenderse por medio de la prensa, ni reunirse en comité pequeño ni grande, para tratar de defender sus intereses.

Los unos pertenecían á la clase media, y aun muchos de ellos intentaron probar, mostrando al efecto frondosísimos árboles genealógicos, que descendían por línea directa de los humos, nombre de un pueblo bárbaro y conquistador que al degenerar y venir á menos había perdido la hache, letra, en verdad, bien poco resonante, que no pudo jamás competir con una de cambio, únicas que allí figuraban. Pero ¿qué queréis? Cada cual se da importancia con lo que puede, y en último resultado, la manía de los pergaminos es la más cándida é inocente de las manías conocidas desde Adán hasta Juan Pérez.

Los unos, sin embargo, podían aspirar á ser diputados á Cortes, y muchos de ellos lograban escalar

sin grande esfuerzo un elevado puesto oficial. Sucedió en cierta época, no bien señalada en las crónicas, que los ceros, hartos ya de tantas injusticias y arbitrariedades, reuniéronse un día á la chita callando, y después de breve y acalorada discusión, determinaron sublevarse contra los poderes constituídos apelando al recurso de la fuerza.

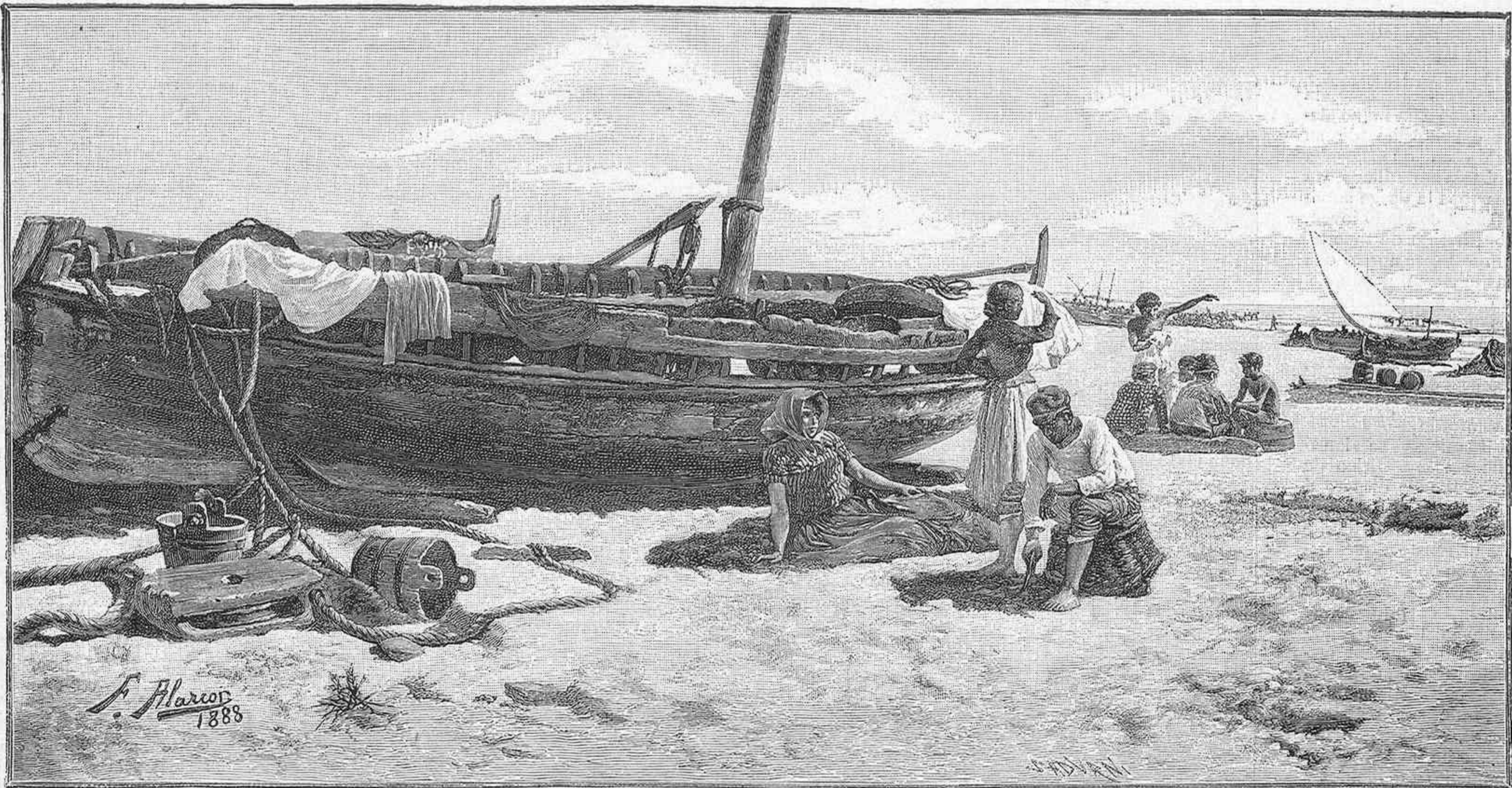
— ¡Pido la palabra! — gritó una voz del centro más nutrido de las masas.

Era un uno que se había introducido furtivamente en aquel secreto club revolucionario.

— ¡Que hable! — exclamaron los ceros.

— ¡Ciudadanos! — comenzó diciendo el orador: — Evitemos la efusión de sangre; subamos legalmente al poder al amparo de la justicia y no clavemos nuestros innovadores proyectos de ley en la punta de las espadas. Los gobiernos que se imponen á la opinión pública á cañonazos, jamás lograron una vida larga y pacífica. ¡Nada de revoluciones! Os veo á todos exaltados é iracundos, mas recordad que la ira, como decía Séneca, es una locura momentánea... y por lo tanto, las consecuencias de todo aquello que la locura dicta serán irracionales y funestas. Pensad que la injusticia se comete de dos modos, ó con la violencia ó con el fraude, *injuria fit duobus modis, aut vi, aut fraude*. No hagamos valer nuestros santos derechos con las armas de que se vale la injusticia y tomemos posesión legal de los escaños de la Cámara; nombradme para esto diputado, y yo sabré defender allí nuestros intereses con el entusiasmo y patriotismo que convienen al que vela y aboga por la causa popular.

Frenéticos aplausos resonaron al fin de este discurso;



PLAYA EN LAS COSTAS DE CATALUÑA, cuadro de F. Alarcón

bien es verdad que nadie comprendió aquellas palabras exóticas, intercaladas en la dicción, pero esa misma circunstancia realzó su mérito.

— No nos engaña, como otros, con frases pomposas y huecas, — decían unos.

— ¡Y es un sabio! — añadían otros. — ¿Habéis oído aquella máxima rusa?

— No; que la dijo en griego.

— ¡Nombremosle nuestro diputado!

Un *ceró* se puso á la derecha del *uno*, que desde aquel momento ya valía por diez; otro *ceró* se le unió: valía por ciento. Después fueron todos colocándose en larga fila detrás del *uno*. Calcúlese el valor que en un santiamén adquirió el *uno*: 100000000000...

Entró, pues, triunfante en el Congreso, derrotando al gobierno en menos que canta un gallo. El 145'000 puso pies en polvorosa al ver que se le venía encima aquella nube de millones, á cuya sombra comenzaron á hacer papel hasta los mismos *quebrados*, es decir, los ignorantes. No faltó $\frac{1}{3}$ osado que lograra alcanzar la cartera de Hacienda, en reemplazo del 63'804, y los números *mixtos* no les fueron en zaga á los *quebrados*, pues siendo gentes despreocupadas que, como la *romana del diablo*, entran con todos, volvieron la casaca y se unieron al nuevo jefe de partido.

Pero ¡ay! pronto el encumbrado *uno* comenzó á olvidarse de aquellos á quienes debía el ambicionado puesto que ocupaba, y si bien al principio pronunció rimbombantes discursos, que fueron muy ensalzados por los que á su sombra medraban, acabó por no cumplir ni uno sólo de los artículos de su programa político.

Los *ceros* comenzaron á murmurar, descontentos de aquella execrable conducta de su jefe, y observando esto el presidente del gobierno caído, Excmo. Señor 145'000, se propuso sacar partido de las circunstancias atacándole en el Congreso con discursos-torpedos, capaces de conmover las pirámides de Egipto.

Viéndose el *uno* en peligro, trató de anexionarse al 145'000, y al final de una de sus peroraciones dijo:

— Mucho me extraña que S. S. me increpe tan duramente, pues en realidad nuestro credo político se parece como una gota de agua á otra. Podríamos formar un gran partido, ya que en lo esencial estamos paralelos...

— ¡No estamos para... telos! — gritó el 145'000.

Esta frase produjo gran hilaridad en la asamblea, y hasta el Presidente abrió para reír una boca tamaño.

Esta fué la última batalla que libró el *uno*; convencidos los *ceros* de que, como siempre, se les había engañado, fueron pasándose poco á poco de la derecha á la izquierda, convirtiendo á su jefe mediante una coma (voto de censura) en una insignificante fracción decimal: 0,000000000... 1.

El 145'000 cantó victoria.

Y desde entonces se estableció como un axioma en aquel país, y en otros muchos, la creencia de que no hay políticos *sin-ceros*.

RAMIRO BLANCO

EXPERIMENTOS DE ELECTRO-ESTÁTICA CON LÁMPARAS DE INCANDESCENCIA

En un reciente número del *Scientific American*, M. Elmer E. Emmons señala cierto número de experimentos

de electro-estática, á los cuales se prestan fácilmente las lámparas de incandescencia, y nos ha parecido interesante registrarlos en nuestras columnas, porque casi pueden figurar entre los experimentos de física sin aparatos, estando tan generalizadas hoy dichas lámparas.

El material necesario para estos experimentos se reduce á una lámpara de incandescencia, dos ó tres bolas y un pedazo de tafetán ó de cualquier tela de seda.

Después de haber calentado ligeramente la botella, si se frota con un pañuelo de seda, se puede realizar el experimento fundamental y clásico de la atracción de los cuerpos ligeros. Una regla llana y ligera, colocada sobre una botella redonda y vuelta, puede ponerse en rotación aproximando la lámpara á uno de sus extremos (fig. 1), constituyendo así un electroscoipo de los más sencillos.

Si se tiene la lámpara con una mano en la oscuridad y se frota la botella con un pedazo de tela, se llenará el interior del globo de un resplandor blanquecino característico del efluvio (fig. 2). El frote de la mano da los mismos resultados, si se pasa rápidamente por la superficie del globo.

Si después de haber frotado se toca la superficie de la lámpara se iluminará al instante el interior de la misma, y podrá repetirse muchas veces el experimento, sin que sea necesario frotar la botella.

El mismo fenómeno de iluminación eléctrica se observa en una caja que contenga cierto número de lámparas en confusión; cuando se remueve ligeramente la caja, se manifiesta el resplandor eléctrico en la masa entera de las lámparas así removidas.

Pero como botella de Leyden ó condensador, es sobre todo como presenta propiedades notables la lámpara de incandescencia.

Si se tiene la botella en la mano y se acerca la parte metálica á una máquina eléctrica en función, esta lámpara se carga bastante enérgicamente: la persona que tiene la lámpara hace entonces el oficio de armadura exterior puesta en el suelo.

La lámpara-condensador puede cargarse igualmente por medio de un electróforo ó con una correa electrizada, como las que se ven con frecuencia en los talleres y en las fábricas.

Puede cargarse el condensador, ya por la persona que tenga la lámpara, ya por otra distinta que toque la montura metálica y cierre el circuito al través del suelo. Si se deja la lámpara cargada mucho tiempo, se descargará de suyo, saltando la chispa de la parte metálica de la montura á la mano del experimentador, que lo echará de ver por un ruido seco y un choque eléctrico muy característico: tomando la botella muy lejos de la montura, se pueden obtener chispas de 7 á 8 centímetros de longitud (fig. 3).

Para obtener un condensador de gran capacidad, es menester pegar una hoja de papel de estaño á la superficie de la lámpara hasta una distancia de 3 á 4 centímetros de la montura metálica y unir con el suelo esta armadura con un alambre de cobre, lo que basta generalmente.

En estas condiciones se carga rápidamente la lámpara, si se fija un hilo metálico en la montura y se acerca 5 ó 10 centímetros á una correa electrizada (fig. 4): las descargas se producen entonces á la superficie del globo entre la montura y el borde de la hoja de estaño. Durante la carga se llena la botella de un resplandor azul

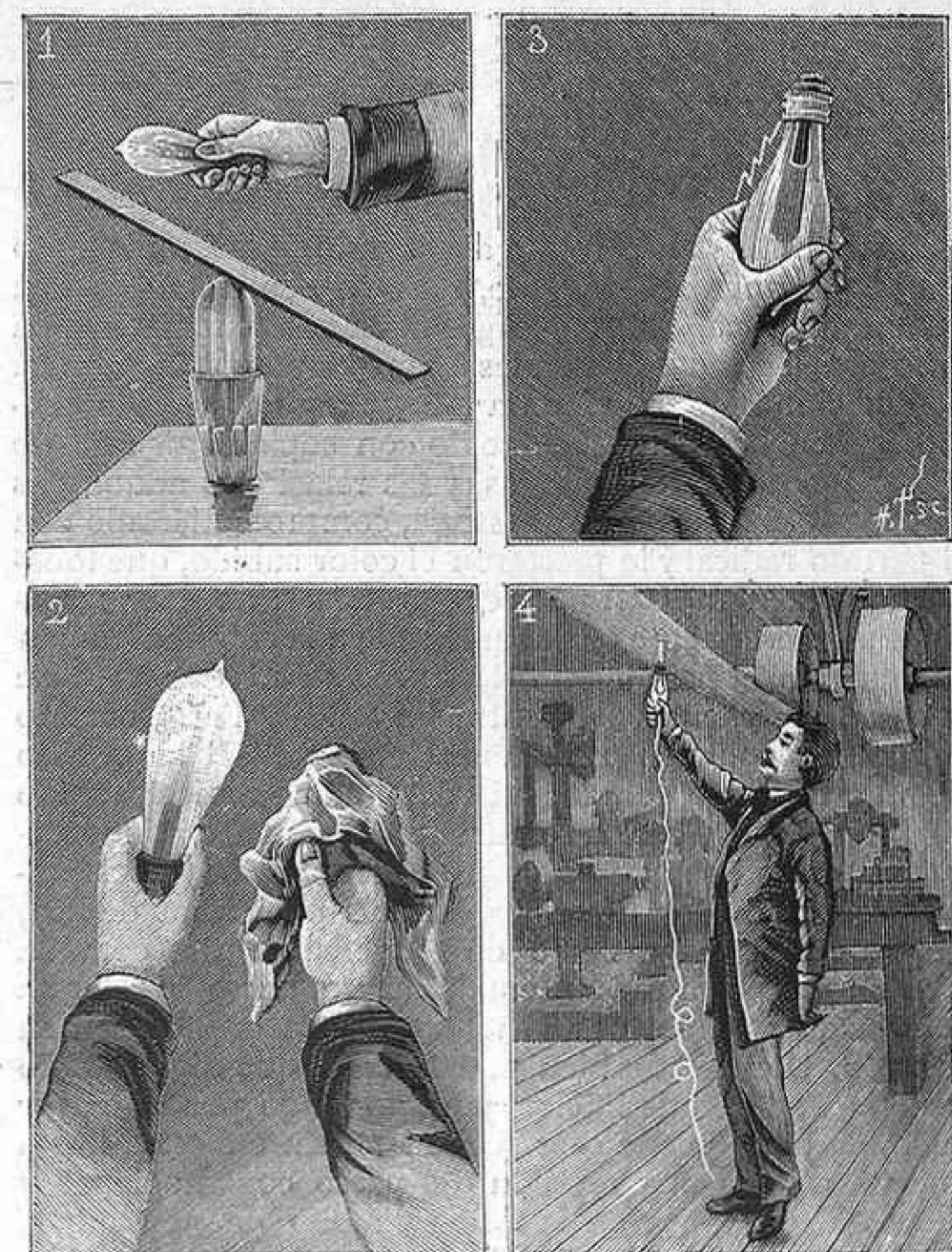
pálido, y en el momento de la descarga aparece todo el globo vivamente iluminado en el vacío y no por la incandescencia del filamento, como debe suponerse.

La rotura del filamento no modifica las propiedades electro-estáticas de una lámpara de incandescencia, y así pueden utilizarse las lámparas inservibles para repetir estos experimentos.

La explicación de las propiedades de la lámpara de incandescencia, como botella de Leyden, es de las más sencillas. El vacío hecho en la lámpara constituye un conductor excelente que se aplica de una manera perfecta al interior del globo para constituir la armadura interior de la botella, armadura puesta en comunicación con la montura exterior por las ligaduras de platino y el filamento que penetra en este medio conductor.

Por otra parte, el poco espesor del vidrio de las botellas suministra, para una superficie dada, una gran capacidad electro-estática al sistema, pues sabido es que esta capacidad es, en igualdad de condiciones, inversamente proporcional al espesor del dieléctrico. Todas las condiciones esenciales indicadas para la teoría, se encuentran, pues, reunidas, para hacer de la lámpara de incandescencia un excelente condensador, sobre todo si se tiene cuidado de guarnecer su superficie exterior con una hoja de papel de estaño.

(De La Nature)



Figs. 1 á 4. — Experimentos de electricidad estática hechos con lámparas de incandescencia. — 1. Atracción eléctrica. — 2. Efluvio. — 3. Chispa. — 4. Manera de cargar una lámpara de incandescencia con una correa electrizada.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria.

BARCELONA. — IMP. DE MONTANER Y SIMÓN